

Palabras clave del trauma en *Líbranos del bien* de Alonso Sánchez Baute***

por *Mariarosaria Colucciello**, *Miriam Olivieri***

Abstract

The objective of this study is to locate the key words of trauma present in *Líbranos del bien* (2023 [2008]) by Alonso Sánchez Baute, a novel chronicling the violence of Colombian society in the 21st century. The terminological analysis will help to understand how this – through the two narrators, Josefina Palmera and the author himself – lives the trauma of an endless civil war.

Keywords: Terminology, Trauma, Violence, Colombia, Alonso Sánchez Baute.

I Breve introducción teórica y metodológica

Líbranos del bien, de Alonso Sánchez Baute (2023 [2008]), es considerado un testimonio histórico dentro del panorama literario e intelectual de la cultura colombiana, una crónica novelada que aborda la violencia del país caribeño de los siglos XX y XXI. La versatilidad de este género (Chillón, 1999; Falbo, 2007; Carrión, 2012) – crecido notablemente en América Latina y aplicado por los cánones para limitar el mundo al que hay que nombrar y cuyos márgenes siempre son franqueables, aunque constantemente aglutinados por la búsqueda al mismo tiempo poética y testimonial del autor – sigue proponiéndose hoy como un ámbito explorable y fértil para desenrollar los innumerables recursos poseídos por la ficción. Esto es aún más verdadero si la crónica ataña a Colombia y si la ficción puede contribuir a diluir o, de alguna manera, debilitar los efectos sobremanera perniciosos del trauma colectivo (Alford, 2013; Barria-Asenjo *et al.*, 2023), caracterizado por la erosión y el rompimiento del tejido social de las comunidades y debido a las específicas crisis sociales y políticas de la Colombia de las últimas décadas (Hewitt Ramírez *et al.*, 2016; Parales Quenza, Ramírez-Cortázar, 2022).

* Università degli Studi di Salerno; mcolucciello@unisa.it.

** Università degli Studi di Salerno; molivieri@unisa.it.

*** Aunque puede concebirse como un trabajo único, Mariarosaria Colucciello ha escrito los párrafos *Breve introducción teórica y metodológica* y *Más reflexiones y alguna conclusión*, mientras Miriam Olivieri los párrafos *El testimonio literario entre marco histórico y político de Colombia* y *Palabras clave del trauma*.

La historia es contada por dos voces que se alternan e interactúan sentadas una ante la otra: la primera pertenece al mismo Sánchez Baute, y la segunda a Josefina Palmera de Pupo, una mujer centenaria que, desde su mecedora, cuenta las vicisitudes de una región devastada por la inhumanidad. Mucha parte de la ficción presente en la obra corresponde precisamente a esta mujer, de cuyo marco presencial en la historia no se llega a comprender la completa veracidad hasta el final, pero sí se entiende su gran poder evocativo dentro de la comunidad en la que está insertada, tal y como se verá a lo largo del artículo.

Los dos cronistas se turnan en cuarenta capítulos, que incluyen una breve introducción, una entrevista y un epílogo en forma de poema. Estas narraciones se dividen en dos bloques claramente diferenciados: el narrador Sánchez Baute, quien, además, de niño era vecino de los dos protagonistas, y la anciana matrona machista Josefina, homófoba y llena de rencores, quien va contando la historia de Valledupar y representa la voz de los habitantes de clase alta del pueblo, a la que también pertenecen los protagonistas mismos. Estos últimos son Ricardo Palmera Pineda (alias Simón Trinidad) y Rodrigo Tovar Pupo (alias Jorge Cuarenta): el primero gerente de banco, buen marido y padre, y posteriormente comandante del Bloque Caribe de las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (FARC); y el segundo, empresario, exintegrante de la alcaldía de Valledupar y luego comandante del Bloque Norte de la organización paramilitar de extrema derecha de las Autodefensas Unidas de Colombia (AUC). Cada uno le regala a Josefina una parte de su apellido para que la mujer pueda recorrer mejor – junto al autor y frente a él (con una imaginación ubérrima, pero plagada de pesadumbre) – las esquinas y los zaguanes de esa Valledupar patria del vallenato que no perdona la diferencia, ni siquiera a quienes viven distanciados por unas casas y separados por unos años de edad, «pueblo desolado donde durante los últimos veinte años las palabras más mentadas han sido asesinato, extradición, secuestro, extorsión, abigeato, masacre, limpieza social y otras de la misma estirpe, naturaleza y condición» (Sánchez Baute, 2023 [2008], p. 17).

¿Cómo pudieron dos jóvenes de buena condición, que de niños casi habían crecido codo a codo, terminar en ejércitos tan macabros y convertirse en asesinos tan espeluznantes? Ellos fueron hijos de la “Colombia feroz” (Martín Medem, 2016), iniciada con “La Violencia” (Guzmán *et al.*, 1962-64; Ríos Serra, 2023) y continuada con la guerrilla (López Trujillo, 2010; Villamizar, 2017; Ugarriza *et al.*, 2017; Melo, 2021; Ávila, 2022), vivida «entre prontuarios del pasado y héroes villanos» (Gil Montoya *et al.*, 2023, p. 74).

La degradación de la sociedad vallenata avanza al compás de las vidas cruzadas y alejadas de los dos protagonistas. Los hechos se van sucediendo de forma sosegada, comenzando con las etapas fundamentales en la formación de las dos personalidades, y avanzando hasta llegar a sus amigos, familiares y a otros personajes de la guerrilla, a los que el autor se acerca para darles voz propia y mayor veracidad a los hechos. Jorge Cuarenta será entrevistado directamente por Sánchez Baute, ya que todavía se encontraba en territorio colombiano a raíz de la desmovilización de los paramilitares

durante la presidencia de Álvaro Uribe; no ocurrirá lo mismo con Simón Trinidad, quien ya había sido extraditado a Estados Unidos, donde permanecerá en la misma cárcel que, posteriormente, acogerá al paramilitar.

Partiendo del marco histórico-político y social de la obra, la intención de este artículo no es reconstruir su trama, sino reedificar los acontecimientos ocurridos según lo que María Elena Rueda define como «un punto de permeabilidad constante entre los sucesos violentos y la forma como éstos van siendo entendidos y narrados» (Rueda, 2011, p. 9). Esto se hará escogiendo, para cada capítulo, una palabra clave que – según nosotras – funcione como resumen semántico, al representar el sentido más íntimo que Sánchez Baute quiso atribuir a cada parte de su obra para detallar la historia de los dos protagonistas. De esta manera el trauma de la guerra de guerrillas no será solo la fuerza protagónica para significar la realidad intangible derivada de la violencia política, sino que también se confiará una aproximación a la violencia que vaya más allá de la lógica de sus causas, de sus victimarios y de sus efectos materiales, fisionomías desde siempre con mayor grado de visibilidad en los textos y en los discursos. Tal y como se verá a continuación, el aspecto semántico de algunas palabras clave dispareará del clima de miedo que envuelve al ciudadano en la constante amenaza del trauma, motivando a menudo sentimientos de desplícencia, resquemor y malogro. El cuento de la verdad reclama otro vocabulario que nombre lo intangible de su naturaleza, que no priorice solo el contexto histórico, sus responsables y sus causas concretas, y que se aparta de alguna manera del impacto afectivo de la víctima (Vanegas Vásquez, 2019). A través de las cuarenta palabras clave se conformarán las vicisitudes que empujaron a Ricardo Palmera Pineda/Simón Trinidad y a Rodrigo Tovar Pupo/Jorge Cuarenta a adentrarse en el callejón sin salida de la inhumanidad, así como la biografía personal de los dos protagonistas, aquellas del pueblo, de la región y del país que, por medio de sus habitantes, añora un futuro mejor, pero sin prescindir de las razones de su pasado.

2

El testimonio literario entre marco histórico y político de Colombia

«Todo aquel que tenía un mínimo de dinero, la más pequeña propiedad, era una víctima en potencia» (Sánchez Baute, 2023 [2008], p. 304). Estas palabras describen el contexto social colombiano en *Líbranos del bien*, enmarcado en un escenario caracterizado por décadas de conflictos armados entre grupos guerrilleros y paramilitares que generaron inestabilidad y violencia continua. Por tanto, cualquier individuo con recursos o bienes mínimos resultaba vulnerable; percibido como víctima del poder, cada uno se consideraba un sujeto objeto de extorsión, secuestro y violencia.

Para entender la sociedad colombiana contemporánea es necesario dar un paso atrás. En general, puede afirmarse que la mayoría de los países latinoamericanos han experimentado tres grandes fases que Waldo Ansaldi (2007) denomina “matices societales”, que se desarrollaron en períodos históricos diferentes y con una concepción precisa del desarrollo económico: la primera se refiere al período de las plantaciones

y del trabajo colonial; la segunda recuerda la agricultura y el auge de la hacienda con trabajo semiservil; y la última el trabajo asalariado. Emerge, por tanto, el elemento de la propiedad latifundista de la tierra, considerado fundamental para entender los régimenes políticos latinoamericanos y la aparición posterior de las democracias. De ahí que la sociedad colombiana actual derive de la gestión y organización de tres elementos fundamentales dentro de las clases sociales del país: los terratenientes, el capital agrario y el trabajo, mejor dicho, la clase obrera (Anderson, 1988).

La transformación que ha caracterizado, y sigue caracterizando, a la sociedad colombiana tiene sus raíces en dos hechos que han definido la agenda nacional del país y condicionado su desarrollo histórico, político y cultural. La transformación de la sociedad colombiana se ha producido de abajo hacia arriba, teniendo en cuenta, por un lado, el proceso de crecimiento y desarrollo de las organizaciones militares, los grupos armados y las autodefensas militares y, por el otro, el fenómeno del narcotráfico. Este último, esencial para el sustento económico de las guerrillas locales, aumentó considerablemente en la segunda mitad de los años noventa. Mientras que estas cuestiones han caracterizado el escenario político interno, la crisis financiera, la deuda externa y la especialización laboral representan las variables estructurales externas, que han afectado y siguen afectando negativamente el mercado y la agenda internacional de la política colombiana (Borón, 2004). El fenómeno de la “ola rosa”ⁱ no ha marcado especialmente a Colombia en comparación con otros países del continente latinoamericano, al caracterizarse más por las dificultades e inestabilidades derivadas de la guerrilla local y el narcotráfico. De ahí que el factor militar sea un elemento fundamental para entender la dinámica de los desórdenes civiles en la sociedad colombiana, cuyo tejido social cuenta con una larga tradición de organizaciones armadas, nacidas desde abajo.

Todos estos temas – propiedad de la tierra, recursos agrarios, presencia militar, paramilitar y guerrillas – están presentes en *Libranos del bien*. El autor destaca la importancia de los factores históricos, políticos y militares y los utiliza como marco de su obra. La novela, ambientada en Valledupar, un lugar donde prevalecen sentimientos de odio y violencia, se presenta como el escenario perfecto para los hechos narrados. En particular, el autor denuncia la destrucción y el sufrimiento causados por los grupos militares colombianos, no solo en la población local, sino también en todo el territorio nacional, consciente de que éstos son el resultado de las luchas agrarias que caracterizaron la década de 1930 y los años posteriores de violencia en las décadas de 1950 y 1960. De hecho, con la creación de las FARC en 1964 (Aguilera Peña, 2014), se introdujo un nuevo concepto militar: aunque se retomaron las características y las prácticas tradicionales de la guerrilla comunista, se abandonó la subordinación del aparato militar a la defensa de un territorio en favor de estrategias y tácticas guerrilleras. En otras palabras, las FARC se convirtieron en el brazo armado del Partido Comunista. Además de éstas, en un plano secundario, pero con consecuencias y dinámicas muy relevantes, se encuentra el ELN (Ejército de Liberación Nacional), la fuerza insurgente formada en la década de 1960 (Medina Gallego, 2020). Una vez más, las razones del nacimiento de esta guerrilla se

remontan a la propiedad de los grandes terratenientes y, más concretamente, a la Reforma Agraria de 1964. Por tanto, el ELN se convirtió en el portavoz de las reivindicaciones de los campesinos que vivían en las zonas rurales de Colombia.

Tanto las FARC como el ELN están imbricados en la novela, al igual que lo han estado en la vida de los colombianos.

3 Palabras clave del trauma

TAB. I

	Alonso Sánchez Baute	Josefina Palmera	Estructura neutral
Palabras clave	principio, riqueza, cul- memoria, raíces, alam- fiesta, intelecto, telara- tura, aguante, lectura, bre de púas, odio/ñas, desempeño, vida. amistad, cotidianidad, amor, algodón, reco- izquierda, indígenas, nacimiento, política, salida del closet, exilio, cambio, herida, defen- secuestro, silencio, pri- sa, vergüenza, rabia. sa, persona, personaje, mutismo, vacas, hom- bre, favores, fantasma, aburrimiento, realismo trágico.		

La tabla I representa, de forma muy esquematizada, las que consideramos ser las palabras del trauma (con base en la teoría y en la metodología detalladas en el primer párrafo) que se cristalizan en cada capítulo (ordenadas según aparición, del primero al último) que compone la obra, divididas según si el capítulo mismo está protagonizado por el cuento de Alonso Sánchez Baute, de Josefina Palmera de Pupo, o si adopta una estructura neutral distinta.

La novela empieza con una breve introducción sin título y totalmente alejada del resto de la obra, pero que sirve de contextualización del horror que se desatará de aquel momento en adelante, precisamente allí donde había fiesta. Por ende, se arranca con la palabra clave “fiesta”, típica de la sociedad vallenata de aquella temporada, que juntaba a todo el pueblo a partir de las cinco de la mañana, bañándose en güisqui y maicena entre parrandas y pachangas. «La amistad cabía en la palma de una mano y la alegría no era más que un solo bamboleo de irreverencia y recocha» (Sánchez Baute, 2023 [2008], p. 10); ésa era la verdadera esencia de Valledupar. Sin embargo, enseguida el autor se pregunta si «¿era una sola e inmensa familia?» (*ibid.*). Los puntos de interrogación dan pábulo a dudas que se aclararán a lo largo de la historia.

La “memoria” es la que guarda Josefina Palmera; hace falta memorizar para poner en orden la vida de un pueblo, que es también la vida de una región, protagonizada por

la existencia de dos hombres que, quizás sin quererlo, la cambiaron de un día para otro. Josefina sabe guardar memoria de todo lo ocurrido y mantiene al autor en suspense entre juegos de palabras, preguntas humorísticas que no esperan una respuesta, y constantes y homófobas alusiones a la homosexualidad de Sánchez Baute, considerada por ella como una enfermedad.

El “principio” marca las motivaciones que indujeron al autor a inmiscuirse en las razones que convirtieron a Valledupar en uno de los pueblos colombianos más asolados por la violencia, al ser «hermano generacional de estas guerrillas. Crecimos juntos esta guerra y yo» (ivi, p. 16). Y junto con el principio están las “raíces”, los gémenes a partir de los cuales empezó todo, la historia de un pueblo que se mezcla con aquella de sus habitantes, y el relato de la casona en la que vive Josefina, que ha visto nacer incluso a uno de los presidentes de Colombia, Alfonso López Pumarejo, y que ahora acoge a una mujer centenaria que vio crecer Valledupar de dos mil a quinientas mil almas, antaño tierra de silencio y tranquilidad y ahora lugar que anda de prisa, «¿para morir más rápido en la guerra?» (ivi, p. 28).

La familia Pupo empieza a llenar las páginas de la novela cuando el autor describe su inmensa “riqueza”, no solo de dinero, sino también de alegría y bohemia en las fiestas que se celebraban en la casa de los abuelos maternos de Rodrigo Tovar Pupo, que hospedaba al mismo tiempo a presidentes de la República y a reinas de belleza, y cuyas paredes antaño se llenaban de baldosines ajedrezados de Pompeya, dejando ahora lugar a fantasmas de antiguas mascaradas y arrastrando nostalgias como almas en pena. Un tiempo el magnífico anfitrión Óscar Pupo estrechaba manos o apuraba a sus huéspedes en abrazos, y ahora solo se oyen voces apagadas y moribundas. Ahora el “aguante” es la palabra clave del trauma de Cecilia, la madre de Rodrigo Tovar Pupo, hija de la riqueza de Óscar y mujer de Rodrigo Tovar Córdova, exmilitar de Popayán que prefirió radicarse en Valledupar para trabajar la tierra, criar ganado y sembrar arroz, convirtiéndose pronto en el padre de Jorge Cuarenta. Del pleno auge algodonero Cecilia y Rodrigo pasaron a tener una serena resignación por un hijo al que perdieron muchos años antes de que se convirtiera en Cuarenta. Y Cecilia «resume la desgracia familiar de [su] decisión de perderse en la ilegalidad» (ivi, p. 61).

En cambio, la familia Palmera Pineda no gozó de la misma fortuna económica que la Tovar Pupo, pero sí de mucho “intelecto”, aquel que Ovidio Palmera – padre de Ricardo y hombre moderadamente rico – exigía a todos sus amigos y aquel que Alix Pineda – madre de Ricardo y mujer bellísima – nunca logró encontrar entre la gente del pueblo, porque lo suyo no era la vida rural, sino la urbana, lo que la indujo a regresar a la capital. Ovidio también tenía “cultura”. Graduado en la Universidad Nacional de Bogotá y abogado en el Ministerio de Correos y Telégrafos de la capital, su cultura era luchadora, lo que heredó también Ricardo quien, con los mismos criterios a los que estaba acostumbrada la sociedad de su padre, salió en la televisión mientras lo llevaban al avión destino la cárcel.

Al intentar explicar cómo son los habitantes del pueblo, Josefina describe el incestuoso y paradójico sentimiento de “odio/amor” que los vallenatos sienten por los

demás: ellos son capaces de tanto odio hacia sus propios paisanos como lo son de tanto amor por los extranjeros:

nos deslumbramos con el afuerano tanto como a Aureliano lo conmovió el hielo. No es que seamos hospitalarios; es que a cada visitante lo tratamos como un regalo de Dios. Pero, así como somos risa y carnaval con los de más allá, nos reservamos la envidia y la ponzoña para los que tenemos juntico (ivi, p. 73).

Al formar parte de la clase alta de su pueblo, Josefina no puede dejar de mencionar al expresidente colombiano Alfonso López Michelsen, vallenato, a quien va su “reconocimiento” por haber traído gloria y fama a su pueblo de origen, y en cuyo vientre de prohombre se gestaron los inicios del pensamiento de avanzada de Ricardo Palmera.

El “algodón” se convirtió pronto en el paraíso y en el infierno de los vallenatos. Una riqueza inmensa entró en sus bolsillos, llegando a ser el producto con más impacto en la región y sustituyendo la ganadería a partir de los años sesenta del siglo pasado. Sin embargo, la libertad se perdió pronto. Tan solo después de veinticinco años con la quiebra de algodón se vino abajo cualquier intento de democratización de la tierra; la demanda por la tierra perdió todo dinamismo y aumentaron sus costes de mantenimiento, lo que originó una especie de relativfundización que provocó la aparición de la guerrilla y, diez años más tarde, del paramilitarismo. El “alambre de púas” llega con el surgimiento de la finca y de los grandes latifundios que crearon las dos únicas clases sociales de la ciudad hasta la bonanza del algodón, es decir, los ricos y los pobres. La tierra baldía se cercaba hasta donde se lo permitía el dinero para comprar el alambre, convirtiendo a la ciudad en líneas y muros que, en lugar de unir, dividieron aún más. También la “política” tiene mucha culpa y fue la que echó a perder el pueblo, al producir «el poder, la ambición, el afán por sobresalir y conseguir dinero fácil» (ivi, p. 149). En tiempos de estancamiento y de pobreza, al no haber nada que compartir, el pueblo era una inmensa familia; con la llegada de la bonanza algodonera, «el odio nació, y el odio se alborotó, y el odio se enquistó, y el odio hizo metástasis, y el pueblo entero se convirtió en avispero» (ivi, p. 150).

Más allá de la muerte de su cercano compañero en la base naval, Ricardo Palmera Pineda también vio afectada su “amistad” por la muerte de otros dos amigos – Rafael Valle Riaño, muerto en un accidente aéreo, y Pablo Uribe, matado a pistoletazos por su jefe, marido celoso de su amante –, con quienes compartió los años más felices de su vida. Esto «terminó de ostracizarlo» (ivi, p. 115) o, peor aún, de enfermarlo. Además de la tragedia y del trauma, también hay la vida, la cotidianidad y las manías de un joven Ricardo Palmera que, en sus vaivenes y desplazamientos por Colombia, se convierte en el rey de la moda, pero sin dejar la “lectura” ni un solo día en su vida, aprendiendo de la pluma ajena y acercándose a los problemas sociales, económicos y políticos de Colombia con sus maneras meditabundas, observadoras y hacendosas.

La “cotidianidad” de Rodrigo Tovar Pupo era aquella de la mayoría de los chicos de su edad. Era un estudiante regular y muy parrandero: en la memoria de todo vallenato

que lo conoció, la biografía del Papa – así era como lo llamaban – está plagada de escenas que se repiten como un disco rayado, en las que priman la alegría, los tragos y la parranda. Muy bacano y bromista, le encantaba llamar la atención en una Valledupar «de luz amable, calor entronizado y calles muy limpias» (ivi, p. 139). También tuvo años maravillosos, gozando de su familia y, sobre todo, de sus tres hijos, muy trabajador y presente en la vida de su mujer. La muerte de la hermana menor, Silvia – por una caída del caballo en la finca de la familia de Alonso Sánchez Baute – lo afectó personalmente cuando era niño y arruinó la vida a la madre Cecilia, mujer bondadosa y de espíritu risueño, que acabó atravesada por el dolor de la muerte de sus hijas hembras y por «entregar a un tercero a los anales de la historia macabra del país» (ivi, p. 143). Esta madre perdió en un accidente también a Mariaché, la mujer más enloquecedoramente alegre que había conocido Valledupar, tumbando en un “silencio” absoluto al Papa, acostumbrado a matar, pero no a ver morir a los suyos. Rodrigo Tovar Pupo también es recordado en la entrevista de Rodolfo Campo Soto por su gran “desempeño” cuando formó parte del grupo político y de apoyo que preparó la subida a la alcaldía de Valledupar de este último, «pilo y dedicado [...] exigente con sus subalternos [...] muy disciplinado y con gran carácter» (ivi, p. 263).

La mayor culpa de Ricardo Palmera Pineda fue la “izquierda” y lo izquierdoso en que se transformó. A pesar de ser el hijo de papi que nunca pasó hambre, no presumía de ninguna condición social y la influencia de su amigo cututeño Jaime Perozo lo empujó a seguir embuyéndose de las ideas socialistas. Esta misma amistad produjo su injusta detención por parte de los soldados del ejército y la subsiguiente tortura en Barranquilla, de las que fue salvado también gracias a la ayuda de Luis Carlos Galán, el dos veces candidato a la presidencia de la república colombiana y matado a manos del cártel de Pablo Escobar. La cercanía de Galán limpió de “telarañas” políticas la cabeza de Palmera, llegando a la conclusión de que la política en Colombia es «cosa de cerdos y que se necesitaba mucho más que simple inteligencia para arreglar lo que no tiene arreglo» (ivi, p. 180). La detención acercó a Ricardo Palmera Pineda aún más a la preocupación por las injusticias sociales, despertando de la falsa idea de que

Valledupar no era el cuasi paraíso con mariposas amarillas, riachuelos sagrados, paisajes ondulantes de montañitas con nieves perpetuas encieladas de azul y pajaritos en el aire que todo el mundo pintaba, sino que de norte a sur y de este a oeste manaba cierto lodo, cierto fango que cada vez olía más nauseabundo, más repugnante, más podrido (ivi, p. 174).

Leonor Zalabara, una de las líderes “indígenas” de mayor reconocimiento, no conoció personalmente a Ricardo Palmera, pero sí afirmó que la población indígena arhuaca compartió la amenaza del territorio con la guerrilla, permitiéndole a ésta transitar por sus tierras, adoctrinarla pero sin imponerse. «En esta guerra no tenemos ni arte ni parte, aunque hay quienes insisten en que nosotros tomemos parte de un conflicto cuyo arte desconocemos» (ivi, p. 200). Lo cierto es que el racismo, la indiferencia, el clasismo, el machismo y el cuasi esclavismo a los que se oponían los indígenas eran también lo

que le molestaba y atormentaba a Ricardo Palmera Pineda. La necesidad del “cambio” lo indujo a buscar el respaldo de un grupo guerrillero, precisamente cuando – junto con un nutrido grupo de personas, dentro del que se encontraba también Alicia, la hija menor de Josefina Palmera – se hicieron más urgentes el fin del bipartidismo, una reforma agraria y una electoral, además del reforzamiento de la libertad de expresión: «una entelequia, por supuesto, una quimera en un país donde no es permitido soñar» (ivi, p. 209). Mientras esperaban encontrar a Alfonso Joaquín del M-19, al final toparon con el campesino Tito, que formaba parte de las FARC: un golpe del destino cambió para siempre la vida de Ricardo Palmera Pineda y de su compaña. Era el 28 de julio de 1985 cuando se dio la “salida del clóset” suya y la de Consuelo Araújo Noguera y de sus compañeros. Despedirse del anonimato no fue fácil, así como no lo fue para Ricardo afrontar la muerte de ella – ministra de Cultura hasta hace un par de meses antes de que la asesinaran –, integrante de las FARC y secuestrada por estas últimas, pero probablemente matada en un tiroteo a manos del ejército nacional. El “exilio” llegó pronto, en 1987, después de haber visitado el campamento de las FARC y de haber conocido a los principales líderes guerrilleros, como Jacobo Arenas, Manuel Marulanda y Alfonso Cano. Valledupar ya no era el lugar en el que podía seguir con vida Ricardo Palmera Pineda, ni su familia, que se trasladó a México. Mientras tanto nacía Simón Trinidad, después de haber escogido el nombre de aquel Simón Bolívar que había liberado a las naciones americanas del yugo español.

La muerte de la hija de Josefina Palmera de Pupo, Alicia, provocó una “herida” que no cierra: su único crimen había sido tener ideas de izquierda. De ella ha quedado una fosa con un cuerpo que ha tenido la culpa de ser matado, porque «en Colombia el primer sospechoso siempre es la víctima» (ivi, p. 266). Pero Josefina acepta más la muerte que no la “vergüenza” de ver a su hija irse para el monte, después de haber sido criada en una verdadera familia vallenata, «de perrenque, de mujeres de casa y hombres sin agüeros» (ivi, pp. 351-2). Su mismo hijo Efraín murió abatido por las FARC mientras entraba en una de sus fincas, pero lo hizo defendiendo lo suyo, berraco hasta el final; y otro hijo, Ángel, fue descuartizado por las FARC después de cinco horas de gritos y sufrimientos, por haberse opuesto al robo de queso producido en otra de sus fincas: “rabia” por dentro y por fuera. También el capitán Rodrigo Pupo Córdova, padre de Rodrigo Tovar Pupo, casi sufrió un “secuestro” por la guerrilla del ELN por haberse negado a seguir pagando la “vacuna” – extorsión de baja cuantía – a este grupo terrorista. El futuro Jorge Cuarenta estaba presente y solo los salvó la llegada de un grupo de muchachos cantando himnos nacionales, que se parecía al ejército y alejó a los guerrilleros. Ambos lograron esquivar ser secuestrados, lo que no pudieron decir los protagonistas de las otras historias contadas en esta crónica novelada.

Josefina Palmera le proporcionará a Sánchez Baute el encuentro con Jorge Cuarenta en la cárcel de Itagüí, en donde fue encerrado luego de desmovilizarse en marzo de 2006. Empieza la “prisa” de conocer a la “persona” Rodrigo Tovar Pupo, alias Jorge Cuarenta – número que escogió recordando los cuarenta días del diluvio universal y los cuarenta días de Jesús en el desierto esquivando la tentación – y de escuchar sus

cuentos espeluznantes, pero sin dejar de considerar la faceta humana de un hombre que había sido su amigo de niños. El “personaje” detalla su incorporación en las AUC al estar lleno de rabia por dentro por no aguantar más la quema de ganado, el secuestro de familiares y el dinero que debía pagar su familia a las FARC. Pero poco a poco se convierte en un “fantasma” para la sociedad y para su familia, perdiéndose para siempre en la vorágine del odio nacional, y contribuyendo a hacer metástasis por todo el cuerpo nacional, como un cáncer en un cuerpo humano. Aun así, también es simplemente un “hombre” que se muere de susto después de su primer asesinato, pero que no deja de hacer “favores” – mortales, por supuesto – a quien se los pedía hasta unos días antes de la desmovilización.

La “defensa” es la que agradece Josefina Palmera a Jorge Cuarenta y a los suyos; al representar la clase rica de su sociedad, Josefina reconoce a Cuarenta la tranquilidad casi edénica que logró devolver al pueblo, habiéndolo ayudado a conservar la patria, la patria de los más ricos, de los que tienen plata y que quieren tener más, contra los guerrilleros de izquierda, los de las FARC, que acabaron con matar a tres de sus hijos. A esto se suma el “mutismo” de la sociedad vallenata, «que hablaba sin hablar, en entreoñas, a medias frases» (ivi, p. 334), que vive a espaldas de la verdad y que es aberrantemente cómplice porque no vale la pena denunciar las equivocaciones de los hombres. Incluso las “vacas” valen más que las personas en una Valledupar asolada por la violencia, el secuestro y el asesinato. Albergan un valor comercial y simbólico enorme: el alias Simón Trinidad pasó incluso por encima de una amistad de diez años, pidiendo vacuna para cuidarlas y, al recibir la negativa, pasó a su quema en la misma finca del propietario.

Regresando a la pregunta inicial, ¿cómo pudieron dos jóvenes de familia y condición buenas convertirse en asesinos?, Sánchez Baute encuentra la respuesta flébil pero no acabada – basándose en el estudio de 1971 que Philip Zimbardo hizo en la prisión de Stanford – en el “aburrimiento” de la sociedad vallenata y en el contexto que la rodea, convencidos como están los guerrilleros y los paramilitares de llevar la razón cada uno por su cuenta. Sin embargo,

Como si se tratara de una fábula, tal vez queda una moraleja: la intolerancia sólo sabe de muertos. Al momento de actuar con un fusil al hombro – con un arma en la mano – no existe distancia entre la izquierda y la derecha. De hecho, si quisiera son tan diferentes los soldados que luchan por uno u otro bando (ivi, p. 359).

El “realismo trágico” ha transformado a Valledupar en

un lugar donde la fantasía se confundía con la realidad, un lugar repleto de musarañas aterciopeladas, de muertos que hablaban con vivos, de curas que levitaban y mujeres que se elevaban por los cielos acompañadas de millones de mariposas amarillas (ivi, p. 391).

A pesar de tanta guerra, la nueva Guernica de finales del siglo XX – con cuerpos mutilados, mujeres que abrazan cadáveres de niños, vacas calcinadas y gritos por

doquier – no ha visto desaparecer las desigualdades sociales contra las que tanto Simón Trinidad como Jorge Cuarenta lucharon desesperadamente. La “vida” es lo único que hay que salvar y, a su vez, es lo único que salva.

4 Más reflexiones y alguna conclusión

A la hora de llegar a las conclusiones es posible reconstruir la biografía de un pueblo a través de cuarenta palabras clave presentes en otros tantos capítulos divididos en una breve introducción, doce breves secciones en las que destaca la voz de Josefina, veintitrés más largas y protagonizadas por la voz narradora de Alonso Sánchez Baute, dos en las que se alternan Josefina y Sánchez Baute, una entrevista a Rodolfo Campo Soto, jefe de Rodrigo Tovar Pupo en 1988, y un epílogo en forma de poesía.

Esta crónica novelada necesita de la crónica – representada por Sánchez Baute y mucho más cuantiosa, por la urgencia de contar la verdad –, pero sobre todo de la novela – expresada por Josefina y menos pródiga, para dar voz a los habitantes de clase alta del pueblo de la que provienen ella y los protagonistas –. El autor decide relatar por el «inusitado afán por ponerse al día con mi pasado y con los tantos años que viví alejado de mi propia historia» (ivi, p. 20) y, al mismo tiempo, dispone a que refiera el personaje ficcionalizado de Josefina Palmera de Pupo, con su rabia que hace metástasis por todo el cuerpo, la voz de la conciencia de un pueblo que, desde el principio hasta el final de la obra, se pregunta «¿qué pasó en Valledupar, por qué una aldea apacible y calmada, un verdadero remanso edénico, de repente se convirtió en semejante teatro de tragedias donde el odio y la violencia son el pan de cada día?» (ivi, p. 21). Josefina toma parte de la realidad para poder existir, pero fuera de la novela tiene toda su cabida; con ella el autor no solo ha querido

representar a parte de la sociedad vallenata. Por ejemplo, el cómo dejan pasar las cosas, el cómo se está viendo lo que sucede [...]. De cómo se permite a pesar de todo el daño que se está haciendo, de toda la calamidad que significa para la sociedad en general toda esta maldad que está sucediendo. No solamente la deja pasar, sino que adicionalmente la facilita, adicionalmente ayuda a que así suceda (Sánchez Baute en Caicedo Hernández, 2020, online),

sino también escenificar el mundo actual:

y qué sé yo la sarta de estupideces que se inventa la gente para dividir, nunca para unir. Si siguen por esa línea, no será extraño que pronto construyan un muro como el de Berlín o se inventen una guerra como la de los judíos y los palestinos que no han aprendido a convivir en una misma tierra, aunque ya sé que esta es una guerra ancestral que no viene al caso (Sánchez Baute, 2023 [2008], p. 53).

Es la historia de dos hombres – cara de la misma moneda de la misma interminable guerra – que, desde ejércitos distintos, avivaron las lágrimas de un pueblo que no tenía

ningún partido en la guerra, pero que, al final, acabó aceptando las andanzas de los paramilitares contra las FARC (ivi, pp. 373-8). Sin embargo, también es la historia de una ciudad, Valledupar – «tan contradictoria, que resulta difícil resistirse a sus encantos» (ivi, p. 42) –, uno de los tantos espacios que hicieron que Colombia se convirtiera en el país donde ocurren cosas horribles, «un pueblo atrás alegre y pacífico que a la vuelta de los años se dejó contagiar por el odio y el miedo nacional» (ivi, p. 19).

El autor utiliza una profunda investigación para desentrañar las vidas de los personajes, lo que permite al lector entender no solo sus historias individuales, sino también el contexto más amplio de la sociedad vallenata. La atención al detalle en las relaciones familiares y los eventos que moldean las personalidades de Palmera Pineda y Tovar Pupo añade una dimensión humana a la narración, haciendo que la compleja realidad política de la región sea más accesible. La abundancia de nombres y referencias puede ser abrumadora, pero también enriquece la narrativa, reflejando la red de relaciones que existe en este entorno. Al abordar la transformación de Valledupar de un lugar de tradiciones a un escenario de conflicto, el autor logra ilustrar cómo la guerra civil ha afectado no solo la vida cotidiana, sino también la cultura misma de la región. Su enfoque en las voces de amistades y familiares, así como de personajes vinculados a la violencia, proporciona una visión más completa y matizada de la realidad que enfrentan estos individuos. La obra parece ofrecer un equilibrio entre el análisis social y la exploración personal, permitiendo al lector empatizar con los personajes mientras se enfrenta a la dureza de su contexto. Estos parecen estar atrapados en un ciclo de dolor y desesperanza, reflejando la realidad de muchos colombianos que enfrentan decisiones difíciles en contextos de conflicto. El asesinato de figuras públicas como Consuelo Araújo y los secuestros en las familias vallenatas no solo marcan momentos de brutalidad, sino que también revelan cómo el miedo y la violencia moldean vidas y comunidades. La misma justificación de la violencia permite al lector conectar emocionalmente con la lucha de los personajes, mostrando que el diálogo puede ser una opción, pero que a menudo se ve eclipsado por la desesperación y la falta de alternativas.

Las palabras clave detectadas en cada capítulo de la obra no siempre poseen los clásicos matices despectivos del trauma – concepto que aparece representado en *Líbranos del bien* como trasfondo silencioso y ambiente en el que actúan los protagonistas –, sino que intervienen como distorsión semántica y emocional que envuelve las específicas situaciones traumáticas. El léxico escogido funciona como resumen semántico que invita a pensar en un lenguaje más matizado y menos centrado en lo tangible (los hechos concretos, los responsables, las causas), para acercarse a una verdad más profunda, que no se limita solo a lo histórico o a lo racional, sino que también toma en cuenta lo emocional y lo psicológico: es una invitación a pensar en cómo se habla sobre el trauma, no solo desde lo evidente, sino también desde lo que no se puede nombrar con facilidad. Mientras las palabras clave de Alonso Sánchez Baute fotografian la realidad de los hechos e intentan escarbar en la vida también íntima de los dos criminales, aquellas de Josefina Palmera de Pupo retratan el pensamiento y la

memoria de un pueblo, incluso entregándose de vez en cuando al humorismo, sobre todo en la primera parte de la novela, porque en la segunda abundan las anécdotas relativas a la muerte de tres de sus doce hijos – Alicia, Efraín y Ángel – a manos de la guerrilla de las FARC. De ahí que Josefina Palmera acabe apoyando, de alguna manera, a Jorge Cuarenta – por haber emprendido la lucha paramilitar contra las FARC –, una justificación que suena más real que nunca. En Colombia el olvido del dolor se elabora en privado, aunque la nostalgia del odio se construye en público.

El destino de Ricardo Palmera Pineda/Simón Trinidad y de Rodrigo Tovar Pupo/Jorge Cuarenta confirma una vez más que toda literatura es manantial de verdad y que solo la imaginación moral puede permitir entrar en las vidas y en el corazón de personajes desconocidos, pasando por rincones oscuros en los que nadie ha logrado obtener la autorización para entrar y de los que nadie se ha salvado, ni los que han asistido sin hacer nada, ni los asesinos en el monte: «tanto luchar por el progreso de este pueblo y ahora añoramos esas épocas cuando no éramos nadie» (ivi, p. 28). Aun así, de la narración brotan amables conversaciones, cafés calientes y juegos de guanábana con música de fondo. En una mezcla entre crónica y ficción, donde el pacto con la verdad – constitutivo del género literario en cuestión – se amalgama con el recurso a cuantas estrategias discursivas se reserva la escritura de ficción, este libro disecciona un fenómeno que no tiene respuestas, averiguándolo también desde el punto de vista de la sociología y de la psicología, partiendo la trama entre guerrilleros y paramilitares, moviéndose en el terreno del terrorismo y de sus contradicciones, en un espacio ciudadano y en su manera de ver el mundo, buscando la razón de la muerte en una dimensión llena de muertos. Solo el humor a veces empleado por Josefina puede intentar suavizar y lentejar el furor y el olor a martirio y ruina que se percibe por las calles de Valledupar. Y esto a causa de las personas que se esconden detrás de apodos, uno queriendo acabar con las desigualdades sociales y el otro deseando poner punto final a la guerra de guerrillas con más guerra y muerte: «este país no se saciará hasta que sea la más grande alfombra roja» (ivi, p. 151). El intento de paz de 2016 y la desmovilización de la guerrilla solo han mitigado ese furor, ese olor a martirio y esa ruina; y es por eso que este estudio no hace sino reforzar la idea de que, detrás de la bonita apariencia y de las diferentes versiones ideológicas de los dos guerrilleros, no se ha podido cosechar ni un solo buen fruto de ninguna de las dos experiencias, y que la solución pacífica de los conflictos sigue siendo la mejor opción, ahora y siempre. No obstante el trauma, siempre hay una esperanza, como aquella que alberga esta novela al principio – con la preparación de la fiesta vallenata – y al final, con el himno poético *La vida* de Patricia Ariza:

El chaleco antibalas no existe.
 La pistola nueve milímetros no sirve.
 El colt caballito 48 no sirve.
 La miniuzi no sirve.
 Lo único que sirve es la vida, hermano (ivi, p. 395).

Notas

1. La expresión “ola rosa” se refiere al fenómeno que se desarrolló a principios del nuevo milenio en América Latina, que llevó al poder a gobiernos de izquierdas, a partir de la elección de Hugo Chávez en Venezuela en 1998.

Bibliografía

- Aguilera Peña M. (2014), *Guerrillas y población civil: Trayectorias de las FARC 1949-2013*, en *Informe del Centro Nacional de Memoria Histórica*, Imprenta Nacional, Bogotá.
- Alford C.F. (2013), *Trauma and Forgiveness. Consequences and Communities*, Cambridge University Press, Nueva York.
- Anderson P. (1988), *Democracia y dictadura en América Latina en la década del '70*, en “Cuadernos de Sociología”, 2, pp. 4-8.
- Ansaldi W. (2007), *La democracia en América Latina, un barco a la deriva*, Fondo de Cultura Económica de Argentina, Buenos Aires.
- Ávila A. (2022), *El mapa criminal en Colombia. La nueva violencia y la paz total*, Aguilar, Bogotá.
- Barria-Asenjo N.A., Pavón-Cuéllar D., Scholten H., Cabrera Sánchez J., Gallo Acosta J., Huanca-Arohuana J.W., Letelier A., Girsiki R., Salas G., Caycho-Rodríguez T., León A., Ayala-Colqui J. (2023), *Estudios históricos y sociales sobre el trauma colectivo. Revisitando los efectos de la violencia política en contextos latinoamericanos*, en “Aisthesis: Revista Chilena de Investigaciones Estéticas”, 74, pp. 172-95.
- Borón A. (2004), *Estado capitalismo y democracia en América Latina*, CLACSO, Buenos Aires.
- Caicedo Hernández A. (2020), “Mi única responsabilidad es contar la historia de forma honesta”: *Alonso Sánchez Baute sobre ‘Libranos del bien’*, en “Diario de paz en Colombia. Lecturas para pensar al país”, febrero, en <https://diariodepaz.com/2021/06/10/libranos-del-bien-una-entrevista-con-el-escritor-alonso-sanchez-baute/>; consultado el 26/12/2024.
- Carrión J. (a cura di) (2012), *Mejor que ficción. Crónicas ejemplares*, Anagrama, Barcelona.
- Chillón A. (1999), *Literatura y periodismo. Una tradición de relaciones promiscuas*, Universitat Autònoma de Barcelona, Bellaterra.
- Falbo G. (a cura di) (2007), *Tras las huellas de una escritura en tránsito. La crónica contemporánea en América Latina*, Al Margen, La Plata.
- Gil Montoya R., Vélez Quiroz D.A. (2023), *Década de los ochenta del siglo XX en Colombia: memoria sin ficción de unas violencias alucinantes*, Colección Trabajos de Investigación de la Universidad Tecnológica de Pereira, Pereira.
- Guzmán G., Fals Borda O., Umaña Luna E. (1962-64), *La violencia en Colombia*, tt. I-II, Ediciones Tercer Mundo, Bogotá.
- Hewitt Ramírez N., Juárez F., Parada Baños A.J., Guerrero Luzardo, J., Romero Chávez Y.M., Salgado Castilla A.M., Vargas Amaya M.V. (2016), *Afectaciones psicológicas, estrategias de afrontamiento y niveles de resiliencia de adultos expuestos al conflicto armado en Colombia*, en “Revista Colombiana de Psicología”, 25, 1, pp. 125-40.
- López Trujillo F. (2010), *Las Farc. Toda la verdad sobre el polémico grupo guerrillero*, L.D. Books, México D.F.

- Martín Medem J.M. (2016), *Colombia feroz. Del terrorismo de Estado a la negociación con las Farc*, Catarata, Madrid.
- Medina Gallego C. (2020), *Ejército de liberación nacional (ELN). Historia de las ideas políticas (1958-2018)*, Universidad Nacional de Colombia, Bogotá.
- Melo J.O. (2021), *Colombia: las razones de la guerra. Las justificaciones de la violencia en la historia del país y el fracaso de la lucha armada*, Crítica, Bogotá.
- Parales Quenza C.J., Ramírez-Cortázar F. (2022), *La instalación del trauma en dos comunidades de Colombia: trauma colectivo y marcos discursivos*, en “Revista Colombiana de Psicología”, 32, 1, pp. 49-66.
- Ríos Serra J. (2023), *Historia de la violencia en Colombia: 1946-2020. Una mirada territorial*, Sílex Ediciones, Madrid.
- Rueda M.E. (2011), *La violencia y sus huellas. Una mirada desde la narrativa colombiana*, Iberoamericana y Vervuert, Madrid-Frankfurt am Main.
- Sánchez Baute A. (2023 [2008]), *Líbranos del bien*, Seix Barral, Bogotá.
- Ugarriza J.E., Pabón Ayala N. (2017), *Militares y guerrilla: la memoria histórica del conflicto armado en Colombia desde los archivos militares, 1958-2016*, Editorial Universidad del Rosario, Bogotá.
- Vanegas Vásquez O.K. (2019), *Imaginario emocional de la violencia en narrativas colombianas recientes*, en “Revista Chilena de Literatura”, 100, pp. 317-39.
- Villamizar D. (2017), *Las guerrillas en Colombia: una historia desde los orígenes hasta los confines*, Debate, Bogotá.
- Zimbardo P. (1995), *The Psychology of Evil: A Situationist Perspective on Recruiting Good People To Engage in Anti-social Acts*, en “Japanese Journal of Social Psychology”, 11, 2, pp. 125-33.